



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO.

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriú y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

LA ESPOSA DEL MARINO.

I.

Es una tarde tranquila y risueña del mes de Mayo.

En una pequeña ensenada inmediata á un pueblecito de la costa de Cantabria, se vé un bergantin aparejado para surcar los mares.

Los marineros esperan impacientes una señal del capitan del buque para darse á la vela.

Una muger jóven y bella, tan bella y triste como nos pintan á Dido abandonada, mira desde la playa, acompañada de un niño y de una anciana, estos preparativos de marcha, con los ojos arrasados en lágrimas.

Es María, la esposa del capitan del buque. Va á separarse de él por mucho tiempo.... tal vez para siempre

y este pensamiento cruel pesa sobre su amante corazón como la loza de un sepulcro.

El jefe dá al fin la señal; los marineros leván el áncora y el buque parte impelido por un viento apacible, que apenas riza la superficie de las aguas, suave como las primeras brisas del otoño.

Entonces un triste ¡adios! lanzado al aire por la doliente esposa, y repetido por el hijo y por la anciana madre del Nauta, vá de ola en ola, conducido por el eco, hasta llegar á oídos del viagero.

¡El también lloral

De pié sobre la popa del bergantin, fijos los ojos en la playa, contempla á su madre agoviada de dolor, ve á su esposa bañada en lágrimas agitar su pañuelo en señal de despedida, y á su hijo querido moviendo sus manecitas como diciéndole: «volved padre mio.»

¡Oh! aquel grupo de personas en cuyos rostros se pinta á la vez el dolor de la ausencia y la esperanza de una pronta vuelta es digno del cincel de Cánova.

El astro del día se ha sepultado en Occidente velado por la bruma del mar.

A la tibia luz del crepúsculo divísase apenas el bergantín, que con sus blancas velas parece una paviota agitando sobre las aguas. Pasados algunos instantes la pobre familia del Nauta no tendrá de él mas que un recuerdo.

De pronto se vé salir del buque una llamarada; una ligera columna de humo se eleva al espacio, y pocos segundos despues una detonacion de fusil, viene á herir los oídos de la madre, de la esposa y del hijo.

Es el último ¡adios! del Marino á su desconsolada familia.

Los tres, inspirados del mismo pensamiento, caen de rodillas y elevan las manos al cielo....

Despues fijan sus ojos en el sitio donde un momento antes vieran salir la llamarada de la detonacion.

El buque ha desaparecido.

II.

Es de noche.

En una de las habitaciones de la casa del Marino están tres personas calentándose á la chimenea. Son las mismas que le despidieron en la playa vertiendo lágrimas.

La anciana reza en voz baja en tanto que la joven borda un pañuelo para su esposo.

El niño se entretiene en jugar con un perro pequeño, fiel guardian de la familia; pero á veces fija sus ojos con ansiedad en los de su madre.

¡Su madre!.... ¡ay! ¡Cuántas veces una lágrima furtiva se ha desprendido de sus ojos, y un suspiro de dolor se ha escapado de su pecho!

Hace dos meses no tiene noticias de el Marino y esta incertidumbre la vá consumiendo lentamente.

El niño vé la tristeza de su madre, comprende que su pensamiento está fijo en el ausente y le dice:—¿Cuándo volverá, madre mia? ¿Le veremos pronto?

Y esta pregunta, hecha con el tono sencillo de la inocencia, conmueve el corazón de la esposa, que sin poder contener el llanto esclama:

—¡Dios mio! véalo yo otra vez y moriré contenta.

III.

Es una tarde de invierno nebulosa y triste.

Silva el viento, y el mar agitado azota con sus ondas espumantes las rocas de la costa de Cantabria.

Una muger sentada en una peña, mira con terrible ansiedad esa lucha formidable, eterna como los sufrimientos de su corazón.

Es la esposa del Marino.

Allí, en aquel mismo sitio que encierra tantos recuerdos para ella, ha esperado muchos días pero en vano.

¡Pobre muger!

Cree que mirando el mar, contemplando el cielo, acelera la vuelta de su esposo, y no repara que las olas mojan su vestido, que la tempestad se desencadena y que el viento azota su rostro amenazando arrancarla de su asiento y arrojarla al furioso piélago.

Ella nada vé; nada escucha. Con la vista fija en el sitio donde vió desaparecer el buque, parece mas bien que un ser humano, una estatua formada en la roca por la espuma del mar.

De repente se animan sus ojos y dá un grito de alegría. Ha visto un barco y es el bergantín del Marino.

Mas ¿por qué su rostro palidece; por qué late su pecho con la ansiedad de la desesperacion?

¡Oh! ved el buque. Sus jarcias, sus antenas estan rotas. Camina á la ventura y va á estrellarse contra las peñas.

Un momento más y el buque ha desaparecido hecho astillas.

Un grito de desesperacion y de horror se ha escapado de los labios de la esposa.

El bergantín se ha hecho pedazos contra la costa....

Un naufrago lucha con las olas un momento, pero al fin es envuelto por ellas.....

¡Oh que horrible espectáculo!

La muger ha reconocido á su esposo en el naufrago.... Estiende los brazos y se agita llena de desesperacion, como si con la vista pudiera libertarlo de la muerte.... Lo vé desaparecer, y cae sin sentido, hiriéndose el rostro con los picos de las rocas.

¡Pobre María!

Un momento ha bastado para que viese disipados como el humo su amor y su esperanza.

IV.

Una tumba solitaria se levanta á orillas del mar. Sobre ella, sirviéndole de amparo, se eleva una cruz de madera toscamente fabricada.

Es un tributo de piedad consagrado á María por los sencillos pescadores de la costa.

Ella que tenia siempre fijo su pensamiento en el mar, debia dormir junto á el, arrullada por el eterno rumor de sus olas.

De noche, cuando la luna ilumina con su luz amarillenta la costa, rielando tímida en las azules ondas, se ven salir del pueblo una anciana y un niño y dirigirse al solitario sepulcro. Allí sollozando elevan al cielo una devota plegaria, y despues se retiran en silencio, agoviados por el peso de su dolor.

Los pescadores del pueblo contemplan esta escena conmovidos, y á veces una lágrima resbala por sus mejillas.....

¡Pobre María!—esclaman—¡morir tan joven, tan hermosa!.... ¡Ah! era un ángel y debia morar en el cielo.

José Lamarque de Novoa.

LA CAZA DEL LEON,

En medio del desierto, en blanca tienda,
A un árabe retiene una hermosura;
Llorosa pugna por quitar la rienda
Al corcel corredor de la llanura.

Assan la besa en la morena frente
Y esclama con la voz de la pasión:
«¡Adios, que en el desierto, hijar batiente,
«Me aguarda de las selvas el leon!»

«Entrégame las riendas de mi rayo,
«Y déjame buscarle en su guarida;
«Mis flechas silvarán, y ante mi bayo
«Tinta la arena dejará en la huida!»

«¿No escuchaste ayer tarde su rujido
«Detrás de las palmeras que ondulaban,

«Cuando por mi semblante enardecido
«Tus rizos de azabache resbalaban?»

«Frente á frente los dardos brilladores,
«Desatados del arco en la pelea,
«Tapíz para el divan de mis amores
«Su crinada guedeja harán que sea»

«El es hijo también de las arenas,
«Y el árabe jamás huyó ante él:
«Un mismo fuego inunda nuestras venas,
«Ruje! me llama: adios! suelta el corcel!»

Dijo, y su diestra arrebató el rendaje
Del árabe bridon que se estremece,
Y con su dueño en impetu salvaje
Tendiéndose veloz desaparece.

II.

Honda marcando en la rojiza arena
La huella de su zarpa prepotente,
Por la rabia erizada la melena,
Herida por la cola intermitente.

El paso lento en decision tranquila,
La garra preparada á la matanza,
Y fija hasta el terror la ancha pupila,
A través de un jaral el leon avanza.

Adelanta seguro en su camino
Con la espantosa calma de lo inmenso,
Súbito inmóvil queda ¡oyó vecino
Conocido rumor, rápido, intenso....

A su eterno contrario ha adivinado;
Al rival de su fuerza y poderío,
Que tiene el corazon mas esforzado,
Y que feroz, le escede en lo bravío!

Eleva la cerviz; el cuello esconde
Por reto despidiendo su rujido....
¡Y del árabe el grito le responde,
Y del valiente potro el resoplido!

Tranquilo el grupo, con quietud que aterra
Está un momento como suele estar
La hirviente lava, tras florida tierra
Que debe pronto á su explosion saltar.

La rabia, el odio en luminosa estela
Fulguran chispeando en su mirada.....
De repente el bridon siente la espuela;
Ya la lucha fatal está empeñada!

Assan el arco cimbrador estira
El retorcido nervio desviando.....
Suelta la rienda: se detiene, tira!
Y la muerte en su flecha va silvando!

Apúntale otra vez; pero ya es tarde!

Lastimada, hácia él, corre la fiera...
Entonces muestra, en orgulloso alarde,
Que su potro es el dios de la carrera!

Déjale atrás; revuelve decidido,
Halagando en el cuello á su troton...
Apúntale otra vez, se oye un silvido,
Y el grito agonizante del leon!

Retuércese rujiendo, verde espuma
Arrojando entre sangre de la brecha,
Sintiéndose morir, que hasta la pluma,
Pasando el corazon, entró la flecha!

Detiene el bayo Assan, y de él se baja;
Su nevado caftan al brazo lia;
Su mano oprime en la sedosa faja
Del pomo del kanjiar la pedrería.

Con paso precavido, y cauteloso,
Al inspirante monstruo se avecina,
Contéplale un momento receloso...
Y, desnudo el puñal, lento se inclina.

Del cántico de guerra del desierto
Al son eleva la afilada hoja;
Asesta un golpe! le repite cierto;
La hundió brillante y la levanta roja.

Nerviosa y agil la atezada mano,
Crispado el lábio y ébrio el corazon,
Clava y reclava el arma el africano
Hasta la acicalada guarnicion!

«¡Victoria por Assan!» ronco barbota,
Al potro echando la ganada piel;
Monta de un salto, y, suelta la marlota,
Triunfante escapa el hijo de Ismael.

III.

De nuevo en el desierto, en la ancha tienda
El árabe se encuentra y la hermosura,
Que ora gozosa libra de la rienda
Al corcel corredor de la llanura.

Assan la besa en la morena frente
Y esclama con la voz de la pasion:
«¡Allá,! por tí, cadáver impotente,
Tendido dejo al rujidor leon!»

«Libertad de las riendas á mi bayo
Y á descansar se vaya á su guarida,
Y págale en caricias, ¡doble rayo!
Su valor en la caza y la corrida!

«Y Allah conceda á mi ferviente ruego
«Contemplar á mis hijos en su infancia,
«Sobre esta piel que por honor te entrego
«Jugar dichosos en mi pobre estancia.»

J. Marin.

LAS AMISTADES TERRIBLES.

I.

Mucho se ha escrito sobre la amistad. Uno de los abogados mas distinguidos del foro romano, Tullius Cicero, y un humanitario griego muy conocido, Sócrates, han redactado sobre la materia el uno un opúsculo que hemos explicado todos en el colegio, y el otro un proverbio muy recomendable. Se ha tratado mucho de la tierna reciprocidad de los deberes entre amigos y del vicio comun de la ingratitud; pero es preciso confesar tambien que nadie se ha detenido en las catástrofes que resultan á veces de esa admirable union de los corazones y del inconveniente que puede haber en quererse con demasiado ardor. Y sin embargo, los ejemplos no faltan. Hé aquí uno entre mil.

Lucas y Roque se querian entrañablemente. Nunca se habian separado; habian estado juntos en la escuela y habian sabido arreglarse para recibir premios y castigos al mismo tiempo. Lucas no compraba un pastelillo sin ofrecer la mitad á Roque, y este por su parte hacia lo mismo. En fin en esta relacion habia algo de suave y de primitivo que regocijaba el alma. Solo les faltaba haberse visto nacer.

Los juramentos entre jóvenes cuestan poco. Sobre todo entre diez y nueve y veinte años se lleva hasta el exceso el lujo de las promesas ridículas, ineptas y exorbitantes. Se compromete uno con mucha seriedad á beber ponche en compañía hasta el fin de sus dias, á no decir nunca mal el uno del otro, á hacer bolsa comun mientras haya un sueldo, y sobre todo á preferirse mutuamente á las mugeres mas hermosas del universo.

Lucas y Roque insistieron en estas niñerías. Formaron el propósito gigantesco de poner en comun sus placeres y sus penas, sus negocios de corazon y de dinero, su inteligencia y su fortuna. Decidieron solemnemente que no tendrian mas que un bolsillo, una casa, una cocinera. En una palabra, lo que fuera de Lucas pertenecia de derecho á Roque y recíprocamente.

Cuanto mas absurdo es un pacto mas se creen comprometidas las personas á ejecutarlo con lealtad. Durante largo tiempo Lucas y Roque llenaron las cláusulas de este comun heroismo digno de los tiempos antiguos: el heroismo es la palabra propia. Hay una muchedumbre de inconvenientes menudos agregados á estas estrechas amistades, y el mas Pilades de los dos amigos lleva ordinariamente el mayor peso.

Ahora bien, el mas puro de los dos héroes de esta historia era Lucas, y como vamos á ver aquí, el infeliz sufría con la resignacion de un martir las consecuencias de esta deplorable perfeccion. Muy perezoso por naturaleza, muy inclinado á las costumbres apacibles, dotado de un paladar delicado que temia las salsas fuertes y las especias, se veía en la precision, para no molestar á Roque, de saltar de la cama á las seis de la mañana, de montar caballos fogosos y de comer la comida salada. Por la noche, rendido con estos diversos ejercicios, si manifestaba con sus prolongados bostezos unas ganas de dormir muy perdonables, Roque le sacaba á la fuerza de casa para llevarle al baile. Lucas habria enviado á pasear á cualquiera otro importuno; pero á un amigo era imposible.

Sin embargo, habia un capítulo en el cual Lucas se vió precisado á emanciparse algun tanto. Roque, iniciado en las bellas maneras del jockey-club y lanzado en el mundo antiplatónico de las actrices y las bailarinas, se mostraba poco exclusivo en amor y hasta hacia alarde

sobre este punto de una indiferencia pirroniana; pero no así Lucas. Este, poco sensible á las gracias de las ninfas de bastidores, aspiraba á sensaciones mas lícitas. Se enamoró, pues, sinceramente, lo que es muy raro, de una muger que lo merecia, lo que tambien debe tomarse en consideracion. Roque no trató de contestarle su derecho; pero quiso asociarse al ménos por el pensamiento á una pasion que debia ocupar tanto la existencia de su amigo, y pidió á este que le enseñara las cartas de la bella misteriosa bajo pretesto de observacion filosófica. La fraternidad mostraba la punta de la oreja. ¡Enseñar las cartas de la que amaba cuando lo habria hecho todo por ocultar su amor! Lucas el sentimental estuvo casi tentado de rehusar, pues se habia prometido al ménos conservar el monopolio de sus ilusiones. Además, la prosa de una muger ¿no es la muger misma? Y entregando á un extraño esas líneas que santifica el secreto, ¿no se comete alguna imprudencia?

Lucas lo comprendia así y veía que á cada nueva concesion perdía algo de su libre albedrio y de su individualidad; pero cuando se contraen amistades como la suya, el aislamiento moral viene á ser tan difícil como el aislamiento material: no puede haber secretos. Víctima de la fé jurada, Lucas abrió para Roque una cajita de palisandro perfumada que habia comprado de intento para guardar la preciosa correspondencia que puso en manos de su amigo.

II.

Una mañana, algunos años mas tarde, Lucas pensó en contraer matrimonio con una hermosa joven llamada Matilde. Como el celibato no era una de las condiciones del pacto de amistad, Roque no tuvo ninguna razon plausible para oponerse al proyectado matrimonio. Hasta auguró muy bien de esta union, pero interpeló á Lucas con voz dramática, y le dijo con gruesas lágrimas en la voz:

—Supongo que tu nuevo estado no cambiará en nada nuestras relaciones.

—Seguramente, siempre serás mi amigo.

—Y lo seré tambien de tu esposa, añadió Roque con ese aplomo sencillo que solo da la conciencia de la virtud.

No de otro modo lo entendia Lucas, que abrió sus brazos á Roque con toda la efusion de un hermano.

Un matrimonio, aunque sea de inclinacion, no es solamente un pretesto de fiestas, sino tambien un negocio y un negocio muy sério.

Ahora bien, Lucas hacia á Matilde de Tressac una corte muy asídua y llenaba á su lado todos los deberes de un hombre comprometido en matrimonio: pero lo que es de contratos, de estipulaciones de interés, de arreglos de familia, ni una palabra; estos detalles le repugnaban y así es que pidió como un favor á Roque que se ocupara de ellos.

Era un medio de introducirse en casa de la futura y Roque consintió, acompañándole en su mision delicada un tío de Lucas, M. Jennesson, con quien convino en el dia y la hora para ir á casa de los padres de Matilde. La fortuna del joven estaba muy lejos de ser tan considerable como la de la novia, y esta diferencia debia dar lugar á negociaciones.

Por este motivo, á la vuelta de la primera entrevista, Lucas se precipitó al encuentro de Roque preguntándole con ansiedad:

—¿Qué noticias traes?

—¡Ay! amigo mio, qué esposa vas á tener!

—¿Has explicado bien mi posicion?

—¡Qué dulzura en la voz!
 —¿En fin, se han allanado todos los obstáculos?
 —¡Qué ojos, qué boca, qué cabello tan admirable!
 —¿Has visto á los padres?
 —Poco, pero en cambio he mirado mucho á Matilde. No es una mujer, amigo mio, es un ángel.
 —Sí, pero en todo eso no me dices nada que yo no sepa.... Veamos.... ¿se ha tratado del dote? ¿Has hablado de mis esperanzas?
 —Me he guardado bien.... hablar de eso habria sido comprometerte.
 —No hay tal.... si no era otro el objeto de tu visita.... habia urgencia en arreglar los intereses por ambas partes.
 —¡Ah! ya saben que á tí te importa muy poco la fortuna.

El entusiasmo no habia dejado á Roque mas que los ojos. Habia visto á Matilde y á eso se reducía todo, ni siquiera se acordaba cuál era el encargo que le habian dado. Lucas desesperado trasladó los poderes de su amigo á su tío quien, sin duda mejor que nadie, podia llevar á buen término semejante asunto. Sin embargo, los servicios de Roque no fueron desdeñados; M. Jennesson tomó el mando en jefe de la expedicion, reservando á Roque el grado y las funciones de edecan.

Bajo este concepto corrió á casa del notario, tuvo frecuentes entrevistas con los padres de la jóven é hizo que se publicaran las amonestaciones de costumbre. Todo se arregló perfectamente y cuando el drama sentimental de Lucas estuvo concluido, resultó que Roque habia desempeñado en él los dos papeles principales, ó al ménos muy importantes, de negociador y padrino quedando convenido en el festin de la boda que el año siguiente tendria en la pila al primer hijo del matrimonio.

(Se continuará.)

TU NOMBRE.

Si al cielo miro, con placer mis ojos
 Descubren al fulgor de las estrellas,
 Escrito para bien de mis enojos,
 tu nombre en ellas.

Si lejos de la patria idolatrada
 Ausente de tu amor lanza un suspiro
 Por tí mi corazon, en la alborada
 tu nombre miro.

Si en brazos del reposo en blando sueño
 La mente en ilusion con furia loca
 Recuerdo en el dormir busca halagüeño,
 tu nombre invoca.

Si hastiada de vivir el alma muere
 Al ver las penas que rodean al hombre,
 un secreto poder me dice «espere»
 y ese es tu nombre.

J. de Arcos y Perez.

GALERÍA BIOGRAFICA.

COMPOSITORES.

BERLIOZ.

Es un deber nuestro el procurar afianzar, sobre la cabeza de este eminente artista la corona que tan justamente ha conquistado, apesar de los esfuerzos que hacen por arrebatársela los envidiosos y mal intencionados.

No habrá sido tal vez un gran músico el distinguido maestro de quien hablamos, si se necesitase escribir su vida para probarlo: pero sí para dar un gran ejemplo de valor y perseverancia, pues difícil será hallar un hombre que haya sufrido mas contrariedades y haya tenido que vencer mayores obstáculos.

No es bastante para arredrar su constancia, que la prensa le vitupere, que sus enemigos lo ridiculicen, ni que durante veinte años seguidos, no lo dejen descansar con ataques continuos á su mérito, fama, conocimiento y hasta su conducta. Él sin embargo, firme y vigoroso como un atleta, lucha, vence y rechaza á sus numerosos contrarios, semejante á un gladiador que nada le espanta, pues tiene el convencimiento de ser vencedor.

Héctor Berlioz nació el 11 de Noviembre de 1803 en el pueblecito de Côte-Saint-André, del departamento del Isère, (Francia). Este hecho nos manifiesta que su génio se hizo notable á pesar de estar lejos del bullicio de la corte, solo confiado al desarrollo natural y al escaso conocimiento que podian prestarle en su modesto lugar el capellan del convento en donde hizo su primera comunión, y en el que hacia vida ejemplar una hermana suya.

Ya en la pubertad; cuando las ideas se arraigan en el corazon, fué una Semana Santa á oír los oficios y solemnidades religiosas, y al escuchar los cánticos que las jóvenes entonaban, acercóse á comulgar y creyó ver abrirse el cielo y bajar los ángeles, colocándose en derredor del altar.

Desde este dia ejerció la música tal poder sobre su espíritu, que llegó á conocer era aquella su vocacion. Y no se equivocaba: pues su padre que se desvelaba por su educacion, con el objeto de que fuera heredero de la clientela que como facultativo tenia, vió que en vez de dedicarse á aprender los versos de Virgilio, Horacio ú Ovidio, que le hastiaban, toda su atencion la dedicaba á leer las obras de Millevoye y las pastorales de Florian las cuales iban desarrollando en él un sentimiento de ternura tal, que á los doce años concibió una pasion profunda y grande por una jóven llamada Estela, que sobrepujaba al tipo de la pastora de Florian.

Estela era niña de una señora anciana que vivia cerca de la casa de los abuelos de Berlioz, donde este iba á pasar algunas temporadas. Los ojos negros de Estela y sus botitas color de rosa, le recordaban los ojos y botas de la pastora. Con estos recuerdos perdió el sueño y el apetito, ella conoció el amor de este Nemoroso; pero sin embargo, hacia por distraerse cuanto podia.

En los bailes campestres en vez de preferir á nuestro enamorado se complacia en bailar con un tío de Héctor, hermoso soldado de veinte y cuatro años que estaba

de vacaciones por los exámenes del semestre. Nada podía por lo tanto ser más duro para el sobrino, y esto le hacía zeloso y descontentadizo.

Las vacaciones de Héctor concluyeron, pero el recuerdo de los ojos negros de su pastora, preocupó largo tiempo su imaginación impresionable.

Todo denotaba que poseía una sensibilidad profunda, á lo que debió su música el carácter expresivo y apasionado que le distingue.

El padre, firme en su propósito, le enseñaba el latín, la historia y un poco de álgebra, permitiéndole como distracción el aprender el solfeo, en el cual hizo tan rápidos progresos, que en poco tiempo leyó las lecciones más difíciles de corcheas y fusas, y pasó al estudio de la flauta y de la guitarra.

Al ver el doctor que la música absorbía todo su pensamiento le prohibió continuar, no pudiendo dedicarse al piano, instrumento que nunca poseyó: pero á pesar de esto, el discípulo no miraba un libro clásico y solo llamaba su atención un tratado de armonía, que cayó en sus manos, sin saber cómo.

Pero cual no fué el estupor de Berlioz, padre, cuando supo que su desgraciado hijo había concurrido á un concierto musical dado en su ciudad, en el que fué muy aplaudido por haber desempeñado con gusto y afinación en parte, en un quinteto para flauta, en que le acompañaban dos violines y dos bajos.

Esto produjo un escándalo y revolución domésticos.

Él calló y dejó pasar el chubasco; pero no le valió su prudencia: pues el padre tan serio cual lo requerían las circunstancias, le dió la orden de entregarse exclusivamente á los estudios de la medicina, y para el efecto le adornó toda la habitación con grabados que representaban partes del cuerpo humano, poniéndole además junto á su mesa varios esqueletos y un gran cráneo sobre el púlpito. Acto continuo lo mandó sentar y púsole debajo de los ojos un libro en folio, ilustrado con grabados de anatomía.

Héctor manifestóse sumiso; pero habían pasado quince días y no había leído una letra, lo que hizo conocer á su padre la nulidad de su influencia y superioridad, teniendo que recurrir á la seducción. Primeramente le prometió una flauta con llaves de plata y después le dió por compañero de estudio á un primo suyo.

Los dos discípulos de Hipócrates en vez de abrir los tratados de la ciencia, encontraron nuevos motivos para cultivar el arte de Orfeo. El primo tocaba el violín, y ahora eran grandes y repetidos duos los que llamaban su atención, así es, que cuando llegaba la hora de dar la lección, siempre tenían que decir al padre algo que los disculpase.

El Padre firme cada vez más, lo envía á París á los diez y nueve años de edad para seguir los estudios. La vista de la clínica nada le estimula; antes al contrario, el hedor, la repugnante perspectiva que ofrecen los miembros humanos, esparcidos sobre las mesas, y el asco que todo esto le causa, todo contribuía á alejarlo de esta ocupación; y mucho más, cuando tenía que desecar y ensuciar sus manos con aquella podredumbre. Ambos re-

nunciaron terminantemente no pisar más el lugar de los ensayos.

Su profesor Amussant se interesó por ellos y les rogó se aplicasen; pero Héctor pisó el patio de la ópera y todo se perdió.

Las Danaides de Salieri lo sumergieron en el más profundo éxtasis. No se contenta con oírla una, dos ó tres veces, sino que abandona por completo la clínica, y se pasa todo el día en el Conservatorio en donde copia las partituras de Gluk y de Hyden; y por último escribe á su padre, que ha tomado la resolución de dedicarse á la música, y que ningún obstáculo le hará retroceder.

Un joven profesor suplente del Conservatorio, aplaudió sus primeros ensayos en el arte del contrapunto; le dió consejos é influyó para que fuera admitido como discípulo del profesor Lescieur, el que se alegró de admitirlo por descubrir en él las más raras y excelentes cualidades.

No era Héctor de los que más paciencia tenían para esperar á concluir sus estudios, y así es que al poco tiempo de entrar en el Conservatorio se decidió á escribir una ópera. Una dificultad grande se le presenta.

¿Dónde hallar un libreto?

Se le ocurre que nadie mejor que su profesor de literatura, Andrieux, cuya casa frecuenta en sus horas desocupadas. Con este fin le dirige una atenta carta, que fué contestada con otra semejante por Andrieux, en la que se disculpaba por su mucha edad para escribir versos amorosos.

Héctor no desmaya, interin no halla un poeta para el libreto, su imaginación elige para asunto de su ópera los amores de Estela y Nemoroso; siempre su corazón recordaba estas escenas que fueron las primeras que impresionaron sus sentimientos. Por fin se decide á que uno de sus camaradas escriba el libreto sobre este tema.

El poeta elegido no es hijo de las musas: ni aun siquiera pariente.

Héctor ve imposible lo que pretende, lo abandona y escribe una misa que presenta á un director de Capilla que protege sus composiciones. Este no dispone de otros escribientes que los acólitos de la iglesia; á estos les dá á copiar la nueva misa y al llegar el ensayo resulta un conjunto de equivocaciones que forman una algarabía infernal.

Después de una gran desesperación, Berlioz tiene la paciencia de copiar toda la partitura, y busca prestado cinco mil reales para estrenar su obra en la iglesia de San Roque.

Muy encomiado fué este estreno, y Lesueur entusiasmado con los progresos de su discípulo lo admitió en el concurso anual de composiciones musicales.

Cherubini, director del Conservatorio, tenía establecidas dos entradas separadas, una para las discípulas y otra para los discípulos. Esta orden fué quebrantada por Héctor, al mismo tiempo que se burlaba de su maestro por su dificultosa pronunciación. Cherubini lo aborreció y desde entonces puso cuanto estaba de su parte por demostrarle su antipatía y por causarle los mayores perjuicios.

No tardó mucho sin que una venganza cruel para Héctor fuera llevada á cabo.

En el primer concurso fué rechazada su composicion y expulsado del Conservatorio.

Gran bochorno y apuro, que vinieron á aumentar una reprension de su Padre, el retirarle su mesada y el encargo de que abandonase á Paris.

El siente no obedecer; pero la necesidad y la esperanza de convencer á su padre le obligan á dirigirse al Isere.

Llega, ve a su familia, se muestra firme en su resolucion, y no sesga ante las súplicas de su madre, que le aconseja escoja otra carrera, que no sea la música ni la medicina.

El doctor está de su parte; pero la madre busca apoyo en su vía que presenta el contundente argumento de que la música deshonoraría á la familia; pues nada mas que los vagos pisaverdes y necios se dedican á escribir óperas.

—Cómo! dice indignado Hector, y Molière, Corneille, Racine y todos los grandes genios de nuestra época, no consagran sus trabajos á la escena? y Fliden Spontini y Mozar, no brillan por sus creadoras imaginaciones y la Europa entera los admira? No os creeriais dichasas de verme á mí llegar á tan gran altura?

Nada bastó á convencer al bando femenino, que no comprende como una imaginacion cristiana puede dedicarse á hacer óperas. Pero él por su parte persiste en su decision.

El día antes de verificarse su marcha entró su madre en su habitacion y con lágrimas y súplicas quiere convencerlo á que deseché su pensamiento.

El contesta que no puede ser y trata de convencerla disuadiéndola de la prevencion que conserva hácia la música.

—Nada; responde la intransigente madre; y secando sus ojos se retira de su hijo gritándole; tú no eres hijo mío: yo te maldigo.

Hector marchó á Paris y no pudo ver á su madre para darle un abrazo de despedida.

Ya en Paris se acuerda de la suma que le prestaron para el estreno de la misa que compuso. Piensa retribuirla. ¿Pero cómo? La mesada que recibe de su casa es casi insuficiente para atender á sus necesidades. Un recurso le queda y adopta. Alquila una habitacion que le cuesta sesenta reales al mes, se anuncia como profesor de flauta y de guitarra: gasta al día dos reales en comer y así al cabo de cuatro meses pudo dar tres mil reales á cuenta de su débito.

El doctor supo la conducta que su hijo observaba y se condolió de él; mandándole el resto de la suma á Pons, persona de sentimientos liberales segun mostró al socorrer á Berlioz.

Nuestro profesor conoció, que aquel rasgo paternal envolvía una segunda idea, cual era la de hacerle renunciar á su propósito.

Se conformó con que su padre le retirara su socorro, hasta reembolsarse del adelanto del resto de su deuda: para lo cual economizó su alimento y aumentó sus lecciones.

Un poeta le presenta un libreto con el título de *Les Francs Juges*.

Berlioz halla llena de poesia aquella obra y se entrega con entusiasmo á preparar la partitura; pero para des-

gracia suya, la Real Academia reprueba el poema.

Su trabajo, fué improbo; y *Les Francs Juges* no se pusieron en escena; pero han sido siempre reconocido como una obra maestra.

No parece sino que el genio de la desgracia oyó la maldicion que su madre le hechó al partir, pues en todo lo que emprende sale deslucido no consigue lo que desea; y de mal en peor, camina hasta llegar á la miseria.

Los viejos maestros que miran en él un rival temible, viendo que la fama que adquiere eclipsa la suya y la postergera, todos á una declaran que es nulo su saber, que adolece de los vicios de la inesperienza, y que antes de enseñar necesita aprender.

(Se continuará.)

MESA REVUELTA.

Teatro Principal.—Este desdichado coliseo, despues de haber puesto en escena el Domingo anterior *Los MAGYARES*, ha permanecido cerrado cuatro dias seguidos, siendo el motivo de esta clausura la muerte de la compañía zarzuelesca, cuya esquila de defuncion estampamos al pié, para satisfaccion de los abonados y la escasa concurrencia que presenciaba sus ECECUCIONES. Han hecho bien. El que hubiera visto dos veces los *Magyares* se muere de seguro. Con dificultad se puede destrozar una tan linda zarzuela, como en la noche del mencionado domingo; orquesta, coro y actores malísimos, pésimos detestables, aquello era un desconcierto terrible.

Al Sr. Cortabitarte no se le entiende lo que recita, y para desquitarse grita y rabia cuando pretende cantar. El Sr. Campoamor, ni canta, ni recita tampoco. El único que cumplió con su cometido fué el Sr. Tormo, que caracterizó bastante bien el chistoso papel de lego.

Circo gaditano.—Continúa atrayendo una numerosa y escogida concurrencia á este afortunado local. El Sr. Valero, digno director de la compañía dramática que allí actúa, es cada día mas aplaudido en los variados trabajos que presenta. *LUIS ONCENO*, *LA CARCAJADA*, etc. son nuevos triunfos del inteligente actor, que tambien sabe caracterizarlos.

Deseamos se forme el personal de zarzuela, que debiera alternar con la compañía dramática, para dar mas aliciente y variedad á las funciones.

Rectificacion.—Damos las gracias á nuestro apreciable colega *EL VELLOCINO*, por las galantes apreciaciones que nos dedica su correspondencia Juan Lanás, y al mismo tiempo le advertimos que aunque nuestro querido amigo el Sr. D. Isidoro Hernandez, es nuestro colaborador, y que nos honramos con que nos ayude en nuestras tareas literarias, dicho señor tiene la costumbre de firmar todo lo que escribe, y siendo un

inteligente crítico musical, solo ha publicado en nuestro periódico una biografía de Bellini y las revistas de la Penco. Por consiguiente, desde entonces no ha vuelto á tomar parte en nuestras tareas.

Última hora.—La compañía zarzueleza del Principal, ha renacido de sus propias cenizas, como el aire fénix. Despues de la abstinencia observada casi toda la semana, reaparece, anunciado funcion para el viérnes. SANCHE, no se traga estas REACCIONES, y opina, que dicha compañía continua muerta; que se lo pregunten al público y á los abonados, y serán de nuestra misma opinion.

Nuestro apreciable cólega el PENINSULAR, así lo ha comprendido y en su seccion local, tributa un recuerdo á la difunta.

Ni Pastor, ni Campeamor,
Ni todo un Cortabitarte,
Podrán, Compañía, librarte,
De tan justa defuncion.

Otra última hora.—La compañía del Principal, despues de su resurreccion, para afianzar su efímera existencia, va á recurrir á la comedia de mágia. Nos parece muy bien que una compañía inarmónica de

OCTAVO CARTELLO, se dedique al MELÓDICO arte de la mágia blanca y negra. Van á poner en escena la ALMONEDA DEL DIABLO; con eso podremos decir que la compañía se echa en brazos del diablo para seguir vegetando: es decir, carísimos lectores, la zarzuela del Principal está endiablada.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Cádiz, en la imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, calle de S. Miguel, número 18.—Librería de D. Eduardo Gautier, calle de San Francisco.—Librería de los señores Verdugo, Morilla y Comp.^a Plaza de S. Agustin.

CORRESPONSALES.—*Madrid*, don Felipe Prats, Ricos, 4.—*Málaga*, don Francisco Moya, Librería Universal, Puerta del mar, núm. 15.—*Puerto de Santa María*, don Francisco Cañas, Librería, calle de Palacios.—*Jerez de la Frontera*, don José María Moliné, Tornería 1.—*San Fernando*, don Ildefonso Antonio Ruiz, San Eduardo, 17.—*Sanlúcar*, don Inocencio de Oña, imprenta y librería calle de la Bolsa.—*Vejer*, D. Eugenio Pradier.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CÁDIZ—1864.

Ilustracion Gaditana, San Miguel, 18.

LA DEL HUMO.

LA SEÑORA

DOÑA COMPAÑIA DE ZARZUELA

HA FALLECIDO.

La Empresa, Botiquin, Directores de escena, Claqueurs, Alabarderos, demas parientes y amigos

Suplican á sus NUMEROSOS ADMIRADORES, se sirvan concurrir á su despedida para Jauja, á cuyo favor les vivirán eternamente agradecidos.

Se suplica la asistencia sin silvato.—Para mayor lucimiento de un acto tan sentimental formará el numeroso cuerpo de alabarderos á la puerta del coliseo.

Vivió atormentando calle de la Novena.